

Académicos de San Luis

En el Palacio de Montemuzo, el 29 de noviembre, se inauguró la exposición *Académicos de San Luis*, con texto de María Belén Bueno Petisme para el catálogo. Hablamos, como es sabido, de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, fundada a finales del siglo XVIII, lo cual significa, dada su tradición y experiencia acumulada, que todos sus académicos artistas tienen, en teoría, un nivel creativo de máxima garantía. No es así. Al margen de que cada académico, sea o no artista de profesión, se mantiene en el cargo hasta su muerte, por razones enigmáticas se perpetúan una serie de falsos artistas, generación tras generación, que ofrecen una deplorable imagen capaz de anular la más ardiente imaginación. A Domingo Buesa, su presidente, no se le puede achacar nada negativo, pues la responsabilidad corresponde a los supuestamente entendidos en arte que aprueban el ingreso, de quien sea, en tan hermosa institución.

Aunque falta, por ejemplo, una obra que represente a José Manuel Broto, veamos una simple división entre aquellos artistas que ofrecen algo digno como mínimo y los que ni sabemos en qué ignoto territorio clasificarlos. Siempre tras recordar que la obras presentadas oscilan entre 1978, de Jorge Albareda, que podía haberse esforzado con una obra más reciente, y 2011.

Citamos los artistas que como mínimo muestran un buen criterio. Manuel Arcón, con la escultura *Descanso*, de 1983, sin aportar un matiz personal innovador. Fernando Alvira Banzo, con *Somontano de Barbastro*, de 2011, con un correcto paisaje. Miguel Galanda, con *Monje*, de 2010, como pintor excepcional con su habitual enfoque. Fernando García Grúas, con *Septiembre*, de 2011. Santiago Gimeno, con *Recuerdos*, de 1998, escultor por todos conocido de personal trayectoria.

Javier Sauras, con *Relieve en cereza*, de 2011, escultor a través de su habitual dominio del volumen. José Ignacio Baqué, con *Muñeca I*, de 2011, del que sabemos de memoria su condición como artista, aunque el cuadro presentado no está entre lo más óptimo en comparación con obras anteriores. Natalio Bayo, con *Joven del bonete rojo*, de 2005, dentro de su línea habitual. María Ángeles Cañada, con *Clara*, de 2011, cuadro bien resuelto sin novedad. José Luis Lasala, con *La peor pesadilla*, de 2011, centrado en una abstracción de planos invadiéndose. Pilar Moré, con *Rojos*, de 2011, dentro de su personal línea. María Cruz Sarvisé, con *Paz*, de 2000, mediante un cuadro que enfatiza en su maravilloso y sorprendente tono poético. Pascual Blanco, con *En respuesta a una joven*, de 2009. Jorge Gay, con *Biblos III*, de 2010. Teodoro Pérez Bordetas, con *Castillo de Maluenda*, de 1999, en el ámbito de su siempre correcta mirada artística. Rafael Navarro, con *A destiempo nº 3*, de 2011, por todos conocido como entre los grandes fotógrafos españoles. José Verón, con *La Peña*, de 2009, mediante una correcta fotografía. Y, para concluir, Alejandro Rincón, con *Arboleda*, de 2004.

Veamos los supuestos artistas con obras lejos tal condición. Jorge Albareda, con *Cristo resucitado*, de 1978, escultura clásica, por decir algo, que salvo oficio no aporta nada, pero nada. Agustín Alegre, con *Mi hijo Agustín*, de 2010, pintor siempre correcto. Antonio María Almazán, con *Paisaje del Ebro*, de 1994. Esperanza Altuzarra, con *Junto al hogar*, de 2005. José Beulas, con *Sin título*, de 2010, mediante un típico paisaje suyo, un tanto básico, con dos planos para tierra y cielo, lo de siempre, y un Sol, o Luna, de tal tamaño que rompe la composición general. Tiene obras, como es sabido, de mayor entidad. Jacinto del Caso, con *Haciendo calcetín*, de 1982, mediante un cuadro con la entrañable abuela junto al hogar y, encima, haciendo calceta. Carmen Faci, con *Violetas y amarillos*, de 2009, centrada en un bodegón. Mercedes Gómez-Pablos, con *La soledad*, de 2011. Isabel Guerra con *Domingo Buesa*, de 2011. Desde que la monja pintora expuso en la Lonja,

de Zaragoza, todavía queda alguien convencido de que es artista. En el retrato de Domingo Buesa, actual presidente de la Real Academia, hay dos fallos técnicos imperdonables. Aludimos a las manos, que vistas de frente tienen los siguientes problemas. Mano izquierda: dedos corazón y anular que flotan en el aire de manera errónea. Mano derecha: los dedos pulgar, índice y corazón se apoyan sobre una superficie de madera, mientras que los dedos anular y meñique desaparecen sin lógica racional. Manuel Monterde con *Jota de Calanda, tercera copla*, de 2009, con dos jotos bailando, fiel eco del conocido cuadro de Marín Bagüés. Manuel Sancho Rocamora con *Oriental*, de 2004, cuadro mediante el énfasis en un aroma tradicional oriental, se deduce que japonés. María Eugenia Vall con *Composición en blanco*, de 2007, a través de un cuadro tipo bodegón. Y, para concluir, el arquitecto José Laborda Yneva con *Ciudades recientes*, de 2011, que está basada en la fotografía digital al servicio de 25 fotografías cuadradas unidas como un montaje. El propio tema y la unión de tanta fotografía provoca un conjunto más que recargado, de modo que la composición general se resiente por ausencia de aire: nada respira. A sumar la negativa fusión de temas muy variados dentro de la arquitectura, sobre todo, la escultura, la pintura y la espiral como símbolo ancestral.

Esperemos que los nuevos miembros de la Real Academia, aquí pensando en artistas nunca en cargos específicos que requieren otra condición, sean elegidos siguiendo intachables exigencias desde ángulos de máxima creatividad. Con la limpieza correspondiente, que debe venir de forma paulatina, la Real Academia recobrará su máximo esplendor, el que sigue teniendo pese a la presencia de tanto intruso.